



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

Ganador del Reconocimiento al Mérito Estatal de Investigación 2014 en la Subcategoría de Divulgación y Vinculación

— El glifo Ojo de Reptil en la pintura rupestre de Tlayacapan hacia el Epiclásico

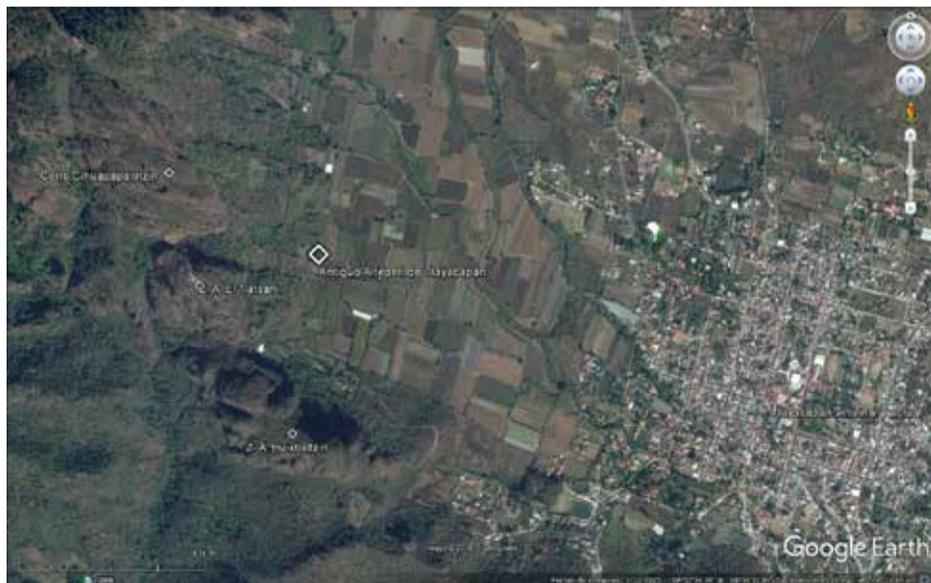
Raúl Francisco González Quezada

S abemos que en Tlayacapan existieron asentamientos de carácter tribal desde hace tres mil años. La presencia profusa de figurillas procedentes del período llamado Preclásico Temprano (1500-800 ANE) en colecciones particulares en la comunidad, da cuenta de ello. Es altamente probable que si estos asentamientos tan antiguos se hubieran establecido muy cerca de las peñas, ahora se localicen en estratos muy profundos, porque a nivel superficial los hallazgos en estos puntos solamente ofrecen materiales arqueológicos asociados fundamentalmente al Posclásico Temprano (900-1175 NE), aunque en las pocas excavaciones que hemos logrado en este espacio hemos identificado palacios tan antiguos que se fechan hacia el período Preclásico Terminal (200 ANE-200 NE).

Como en otras partes en América Central, en Tlayacapan esta comunidad decidió su asentamiento basada por un lado, en órdenes económicos como son las capacidades técnicas para la producción en su íntima correlación con las estrategias de aprovechamiento de fuentes seguras y constantes de agua, tierra suficiente en magnitud y calidad que la hiciera apta para la agricultura anual al menos de subsistencia, así como elementos del medio como flora, fauna y circunfactos necesarios para el consumo alimentario, la vivienda, el vestido y en general, para las necesidades cotidianas de la vida comunitaria. Por otro lado, diversos grupos se dispersaban en varios puntos del actual estado de Morelos y en general, en el Altiplano Central. Seguramente existían vínculos políticos entre ellos que los cualificaban en el entorno regional. El acceso diferencial a los llamados “recursos” del medio no es un elemento ingenuo, sino el efecto de la pugna por el espacio físico y su imbricación en el espacio social de estas comunidades. El emplazamiento se enfrentaba a la necesidad de la reproducción de la vida y la reiteración de la comunidad en un entorno regional. Hay suficientes elementos para reconocer que entre los grupos tribales de esta época existieron redes de intercambio, que se evidencian parcialmente en tipos de figurillas y tipos cerámicos que se distribuyen con ideas generales que crean formas análogas en múltiples espacios, se intercambiaban ideas y objetos, en una red que haría a la postre, la acumulación de riqueza diferencial a nivel regional con lo que surgirían los primeros procesos



Perspectiva desde el centro de la Zona Arqueológica de Tlayacapan hacia la serranía donde se forma un puente arqueado, una silla.



El establecimiento del antiguo Altepétl de Tlayacapan asentado en una rincónada, hacia el poniente se observan los cerros Huixtlaltzin, Tlatoani y Cihuapalotzin, mientras que hacia el este la serie de escorrentías que enmarcan este espacio en una rincónada.

urbanos y la génesis de las clases sociales.

Claro está que una condición sine qua non para el establecimiento de una comunidad en el espacio físico, es la definición cosmovisional de un lugar idóneo para tal efecto. Mucho se ha discutido sobre la condición prima de los factores económicos y políticos para la elección de un espacio para el asentamiento de una sociedad, ya sea sedentaria permanente o intermitente, es decir, de residencia parcial en diversos puntos según el orden estacional anual. Sin embargo, el ser humano como condición esencial interpreta en mundo, y estas sociedades tribales claro está, lo nombraban con un lenguaje imbricado de mitos que daba certeza a los ciclos naturales incluyendo su propia vida. Los mitos con su carácter genésico, incoativo, proporcionaban un orden cosmogónico, un orden que les permitía interpretar en el concreto sensible a los sujetos en comunidad acerca de la dinámica de la vida en el mundo. Así que, pensar y sentir, producir y significar en un mundo de vida siempre político como lo es nuestra especie, son condiciones permanentes donde en tiempo de aparición no prima ninguna de ellas. Claro está que de nada sirve significar si no se produce para asegurar la reproducción de la vida misma, pues la precondition para significar es la vida misma, pero se entiende que no es posible producir sin significar en el proceso. Así, el espacio de asentamiento de una comunidad tribal (y de cualquier otra) no sólo dependía de decisiones económicas, políticas ad intra la comunidad como ad extra a nivel regional, sino también de que el espacio estuviera idóneamente significado para tal efecto, que formara parte de un orden cosmovisional aceptable para reiterar la vida anclada a órdenes cosmogónicos generales.

En América Media se ha evidenciado la propensión a la elección para la ubicación del centro de las comunidades en aquellas secciones del espacio físico circunscritas por elementos fluviales tanto ríos como cuerpos de agua, así como orográficos, tanto elevaciones como barrancas que permiten una perspectiva significados al interior de un sistema cosmovisional que tenía como ejes elementos como el “cerro del mantenimiento”, las aguas primordiales y la posibilidad de definir en el horizonte el ritmo de los cuerpos celestes. A esto se le ha

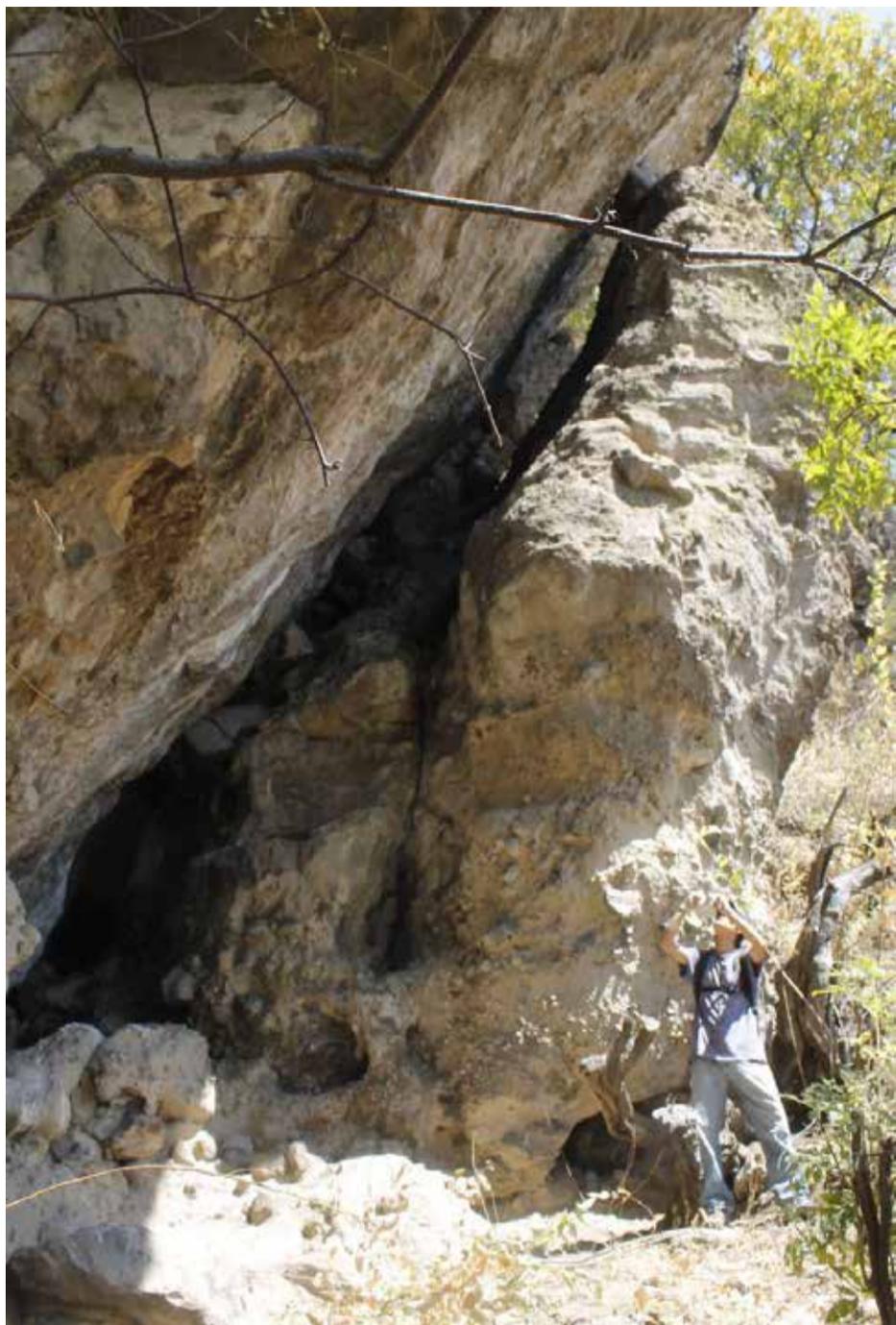
denominado rinconada o, para el área nahua del Centro de México "axomulli" (rincón de agua) (Bernal y García 2006:63 y ss.). Este fenómeno signífico de la rinconada se vinculaba con la simbolización de las elevaciones topográficas desde donde transitaban desde y hacia los contenedores hipogeos, relevantes elementos cosmovisionales, por lo que, dónde fue posible, se privilegió el asentamiento en referencia o cercanía a la confluencia de dos prominencias orográficas importantes que en el horizonte simulaban perfiles curvos inversos, los cuales han sido denominados por diversos autores como sillas, saddles o puentes arqueados, significando ejes de ordenamiento del asentamiento y vínculo permanente con el orden cosmogónico (cfr. García 2015).

La zona arqueológica de Tlayacapan se asentó en la sección baja inmediata de la Serranía de Tepoztlán, adjunta a las elevaciones El Tlatoani, Huixtlaltzin y Cihuapapalotzin, entre las cuales cierran el poniente del asentamiento, las primeras dos muestran asentamientos permanentes en sus cimas desde al menos el Clásico Tardío (200-400 NE), mientras que la tercera es demasiado alta para haber sido colonizada permanentemente. Al este el asentamiento cierra el espacio intermitentemente con una serie de escorrentías que han formado barranquillos, Tepanate, Tezahuate, Huitzcuontzin, Amixtepec, y otros, que flanquean hacia este lado la rinconada de Tlayacapan. Desde la sección baja y como horizonte la serranía, el Cerro Tlatoani se encuentra flanqueado por su altura por los cerros Huixtlaltzin y Cihuapapalotzin, formando un puente arqueado.

El vínculo con la serranía debió ser una constante en términos económicos, políticos y también de significación desde el principio del establecimiento de este asentamiento humano. En la cima del Cerro Tlatoani tenemos clara evidencia de la ejecución de una serie de petrograbados ejecutados con toda claridad al menos durante o anteriormente al Preclásico Terminal (200 DNE-200 NE), contexto del que tenemos la mayor antigüedad en la sección alta de esta peña por sobre estos petrograbados.

Las paredes de las peñas que mostraban inclinaciones negativas o que se encontraban remetidas con respecto a salientes superiores, las cuales les permitía tener líneas de goteo respecto a los escurrimientos pluviales, eran el lugar apropiado para la ejecución de elementos arqueológicos rupestres pictóricos, pintura rupestre, pues esta condición las protegía de la erosión por el agua de lluvia. Existen a la fecha docenas de conjuntos de este tipo de elementos arqueológicos distribuidos desde las cimas de las peñas hasta las barrancas en la sección de la Serranía de Tepoztlán asociada a Tlayacapan. La mayoría de ellas fueron ejecutadas con una técnica de tinta plana en color blanco compuesta seguramente por carbonatos, la cual ha sido fechada de manera general para el Altiplano Central hacia el Posclásico Tardío (1376-1521 NE). Sin embargo tanto en San José de los Laureles como en el Cerro Cihuapapalotzin existen signos ejecutados también en tinta plana pero en color rojo.

Por el orden formal de algunos de estos signos en color rojo con numerales asociados con claridad hacia la escritura del Epiclásico (600-900 NE) hemos considerado que todas se remontan a este período tentativamente. Por el momento nos referiremos fundamentalmente a un conjunto que se localiza en la cima del Cerro Cihuapapalotzin. Estas se localizan al menos a 54 m hacia el sureste de la cima de cerro. Para acceder hasta el punto donde fueron ejecutadas las pinturas es preciso descender aproximadamente 19 metros a lo largo de una brecha con pendiente ligera hacia la vereda que guía hacia el acantilado suroeste de la geofoma, en adelante se cruza entre la pared vertical de material parental y un canto semi-exento de aproximadamente 3 m de altura. Inmediatamente se accede visualmente a una "abra", que es como la comunidad denomina a la configuración geológica de fracturamiento que ha dejado un intersticio, regularmente con apertura mayor en las secciones altas de la misma que respecto al punto vértice de fractura. La pared que soporta el proyecto gráfico se encuentra en la pared este del nicho rocoso, es decir, el espacio está orientado hacia el sureste, hacia donde se vislumbra parte de la Sierra de Tepoztlán en este es-



Abrigo rocoso o "abra" asociada a la pared con ángulo negativo, lo que ha resguardado de la erosión del agua pluvial al proyecto pictórico en el lugar (Foto de Jorge Linares Ramírez).

pacio que le toca a Tlayacapan, justo donde se extienden los cerros La Ventanilla, El Sombrerito, Huixtlaltzin y El Tlatoani. Es notable que desde este punto se observa con claridad casi al mismo nivel, la cima que caracteriza con forma cuadrangularoide, la cima de El Sombrerito. El conjunto se localiza a aproximadamente 3 m de altura sobre el horizonte del abrigo.

El conjunto de signos ejecutados suma al menos seis, más una línea quebrada que aparentemente une dos de ellos. Uno de los signos presentes en el conjunto ha sido referido en análisis previos (González 2013a y 2013 b), se trata de la representación del glifo del Dios de la Tormenta o Tláloc, presente durante el Clásico y el Epiclásico en distintos sitios del Centro de México. Dos signos más representan estrellas de cinco picos, ejecutadas en "positivo" y "negativo", representan con alta seguridad a Venus, un signo más aparece perdido casi en su totalidad y finalmente, la representación de dos signos que reciben el nombre genérico de Ojo de Reptil.

El signo Ojo de Reptil es una convención nominal que funciona en la Antropología y la Arqueología mexicanas desde hace casi un siglo. Uno de los primeros estudiosos en destacar este signo identificado con frecuencia en códices y esculturas fue Edward Seler hacia 1915, considerando que tenía un vínculo con "flor abierta" y "ojo"; pero es Hermann Beyer hacia 1921 quien en su revisión del trabajo de Seler argumenta que no se trata solamente de un ojo, sino que la línea curva que lo remata frecuentemente hace alusión a un ojo de reptil. Hasso von Winning muchas décadas después en 1961 en un estudio sistemático, logró asociar significados a este elemento cercanos a la creación, el crecimiento vegetal de los cultivos, fertilidad y esperanza de abundancia del sustento. Más adelante George Kubler observó la distinción entre el conjunto de signos que incluían el "rizo" por encima del ojo, y aquellos que no, nombrando a los primeros forma de rizo y a los segundos forma de boca. Finalmente James Langley en su definición general de signos de escritura teotihuacana distingue el RE (Reptil



Aspecto general de la rinconada y el puente arqueado que tienen como escenario significado el asentamiento de Tlayacapan (Tomado de Gálvez 2010:124).

Eye, Ojo de Reptil) como el que tiene el “rizo” arriba del ojo, del RM (Reptil Mouth, Boca de Reptil) como aquel que no lo tiene (López Austin 2009:31-34). Langley (2009:40) se inclina por considerar que la representación del Ojo de Reptil, cuando contiene notaciones de puntos, frecuentemente seis o siete, tienen un carácter calendárico, de días o quizá de años.

Aún existe una discusión abierta sobre si el signo como tal es un día del calendario y entonces su carácter es fundamentalmente sinecdótico (una especie de abreviatura que indica un concepto no icónico), eventualmente se ha argumentado que existe una correlación con los numerales zapotecas y ñuiñe donde para expresar el día lagarto, se utiliza una placa supraorbital sobre el ojo, por lo que eventualmente se trate del primer numeral del calendario, sin embargo su uso en la escritura maya de lugares como Palenque (Lakamha) tendría valores más bien icónicos, que lo acercarian a significados semánticos asociados a “tierra”. Por ello se ha sugerido que es factible desambiguar sus orígenes por un lado sinecdótico como numeral calendárico, y por el otro icónico (que representa elementos realistas, en este caso el propio ojo reptiliano) como representación de la tierra, ambos derivados de una metáfora donde el lagarto se equipara a la superficie de la tierra (Urcid y Domínguez 2013:643-646)

Se ha argumentado además, que el signo Ojo de Reptil funcionaría hacia el Clásico y Epiclásico como topónimo de la ciudad de Teotihuacan, asumiendo que su significado es el de caña, olvidando su carácter icónico casi por completo, y que por lo tanto cuando se asocia a numerales se incorpora como parte de la veintena del tonalpohualli, como el número 13, caña (Helmke y Nielsen 2013:393-395).

Por los ejemplos que presenta Alfredo López Austin (2009: 34-37) y sus afirmaciones, se puede deducir que en efecto, no sólo existen dos configuraciones de representación del signo como afirman Kubler y

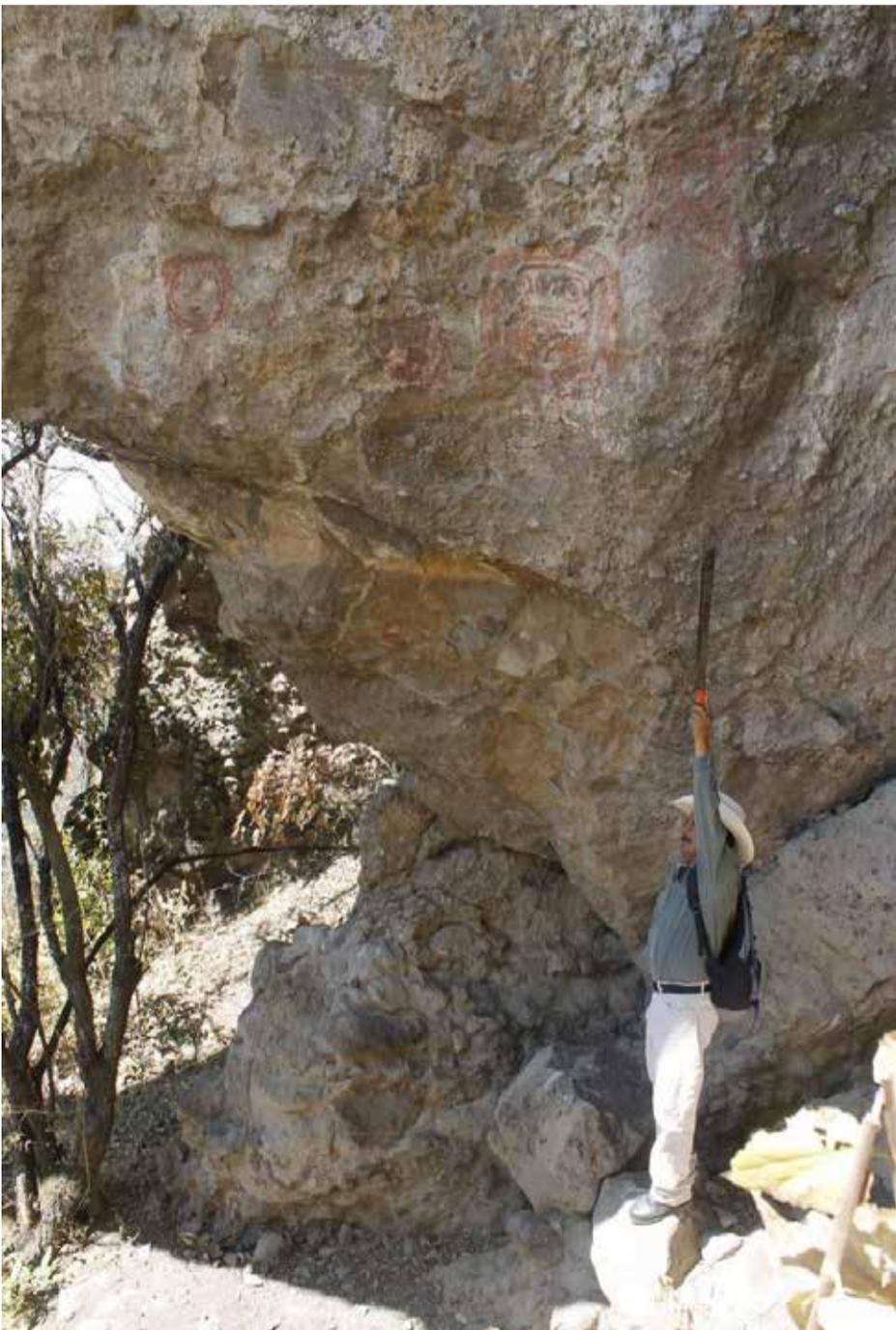


Signo que representa al Dios de la Tormenta o Tláloc (Foto Jorge Linares Ramírez).

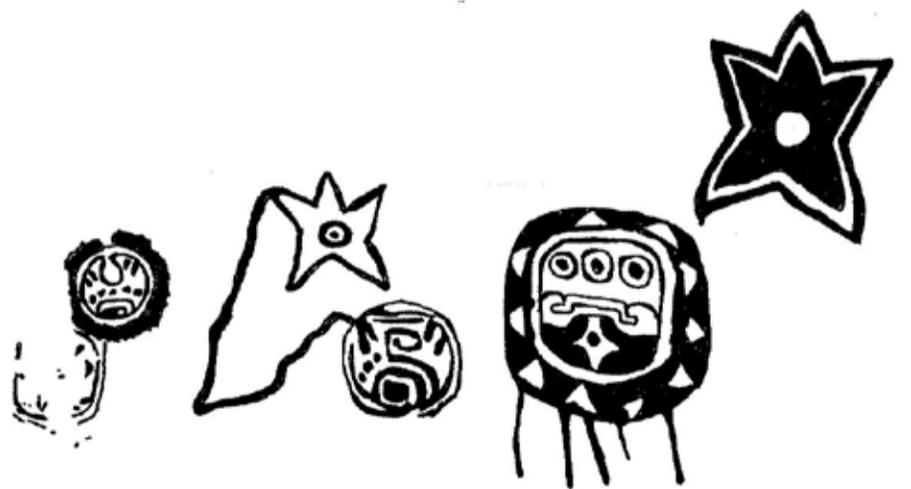
Langley, sino que existen múltiples combinaciones. Basado en la presencia de glifo Ojo de Reptil circunscrito al interior de la Flor Tetrapétala que es signo de la división cuatripartita de la superficie terrestre; de su asociación con el signo del torzal del malinalli que es un signo del axis mundi donde fluyen el fuego del cielo hacia abajo, y el agua del inframundo hacia arriba; así como la representación del gancho en el Ojo de Reptil ya sea simple o a espejo, es la representación de Culhuacan, del lugar mítico donde surgieron los humanos, una de las manifestaciones del Monte Sagrado, el autor concluye que esto es precisamente lo que significa el mal llamado Ojo de Reptil.

En Tlayacapan, se presentan dos signos del llamado Ojo de Reptil, el primero muestra el ojo, no cuenta con el gancho, pero sí presenta cinco puntos y las barras pareadas, de manera particular está enmarcado directamente en un semicírculo que en la sección superior muestra una hendidura semicircular, todo ello enmarcado en un círculo con trazos que simulan quizá las plumas que se pueden identificar en otro tipo de soportes semióticos para este mismo signo. El segundo es un típico signo con ojo, gancho superior, tres puntos y barras pareadas enmarcado en dos círculos concéntricos.

En su conjunto, el panel de la pintura rupestre del Cerro Cihuapapatotzin, dada la presencia de Venus y el Emblema del Dios de la Tormenta, su ejecución en lo alto de un Cerro que no tiene asentamientos permanentes en su cima, pero cuya orientación de la pared donde se ejecutó el conjunto tiene como horizonte la propia Sierra de Tepoztlán, muy en particular el cerro El Sombrerito, podrían haberse efectuado rituales asociados a registros de movimientos celestes asociados tanto a Venus, como a los marcadores del tiempo agrícola, ineluctablemente imbricado con el período de lluvias. La presencia de los signos Ojo de Reptil podrían ceñirse a la interpretación general que hace López Austin sobre la idea del Monte Sagrado, asumiendo que este es uno de los cerros que enmarca la rinconada donde se asentó la comunidad de Tlayacapan, y el puente arqueado contendría en esta



Aspecto general de la pared este del abrigo rocoso donde se puede apreciar el conjunto de elementos arqueológicos rupestres pictóricos y su relación magnitudinal con el compañero de trabajo y entusiasta de la historia local Don José Flores de San Andrés Cuauhtempan, que en la escena sirve de escala (Foto de Jorge Linares Ramírez).



Conjunto de elementos arqueológicos rupestres pictóricos de la Cima del Cerro Cihuapapatotzin. De izquierda a derecha en primer instancia se observa un signo muy deteriorado del cual se ha perdido la posibilidad de lectura, el siguiente es un RM (Reptil Mouth, Boca de Reptil), adelante se observa una estrella de cinco picos en “positivo” y en seguida, vinculados ambos signos por una línea quebrada, un RE (Reptil Eye, Ojo de Reptil), el siguiente es un emblema del Dios de las Tormentas o Tláloc, y por último se observa otra estrella de cinco picos, esta vez en “negativo”.

representación de gráfica rupestre al propio Monte Sagrado. Aun quedan muchos cabos sueltos en esta interpretación, pues la diversidad de representaciones del Ojo de Reptil que existe en el Clásico y Epiclásico, deja sin sustento algunos aspectos de la interpretación de este signo solamente como Monte Sagrado. Los casos de ausencia de gancho que es lo que define al cerro de Culhuacan dejarían sin sustento esta identificación, y no hablar de la multiplicidad de elementos calendáricos a los que también se encuentra asociado. El signo Ojo de Reptil también no solamente se asocia al torzal de malinalli y a la flor tetrapétala, también hay asociaciones a cajetes seccionados, al signo rayo-trapezio, con representaciones antropomorfas, con deidades. Queda por refutar las interpretaciones alternas que lo identifican con el día lagarto, o también el día caña, así como la posibilidad de que represente el topónimo de Teotihuacan, todo lo cual tendría que encontrar cabida en esta interpretación del Monte Sagrado.

Lo cierto, es que el espacio físico del cerro Cihuapapalotzin en Tlayacapan hacia el Epiclásico, formó parte del paisaje significado, prueba de ello fue la ejecución de estos signos en este punto en particular. El espacio formó parte en general de un espacio físico circundante que había sido subsumido en un orden cosmovisional que bien pudo mantenerse esencialmente bajo órdenes generales regionales a nivel América Media, pero que tendrían su expresión local que le daría ese carácter de distinción local, de identidad particular.

Bibliografía

Bernal García, María Elena y Ángel Julián García Zambrano 2006 El altepetl colonial y sus antecedentes prehispánicos: contexto teórico-historiográfico. En Territorialidad y Paisaje en el Altepetl del siglo XVI. Federico Fernández Christlieb y Ángel Julián García Zambrano (coordinadores). Pp. 31-113. Fondo de Cultura Económica, Instituto de Geografía UNAM, Ciudad de México.

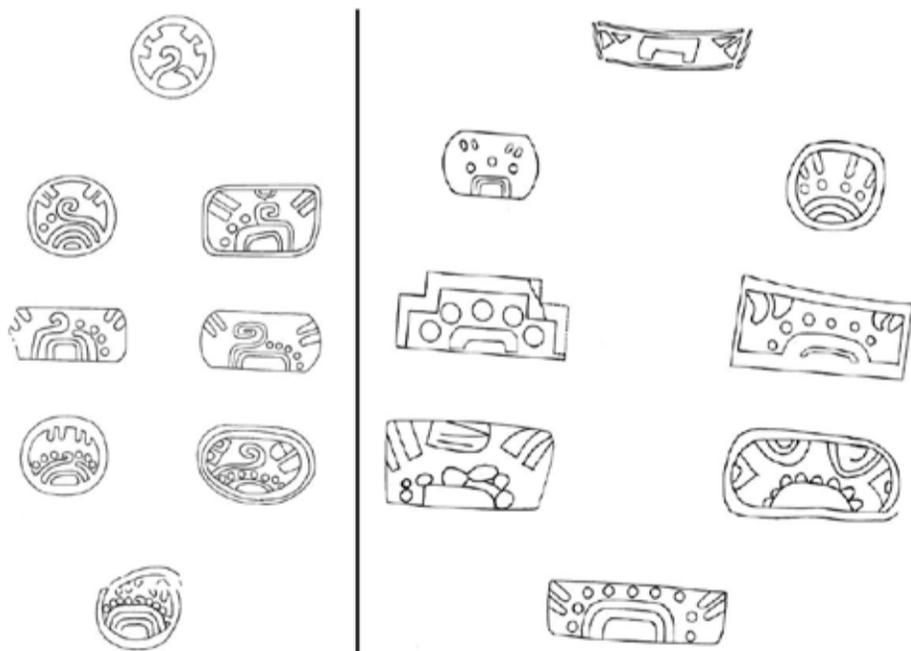
Gálvez Mancilla, Mariana Inés

2010 Estudio Histórico Urbano del a Ciudad de Tlayacapan, Estado de Morelos. Tesis de Maestría y Doctorado en Urbanismo, UNAM, Ciudad de México.

García Zambrano, Ángel Julián

2015 ¿"Silla", Saddle o "Puente Arqueado"? Conceptualizaciones de la geografía del paisaje fundacional mesoamericano. En La conceptualización del paisaje en la ciudad mesoamericana. Pp. 83-109. Ángel Julián García Zambrano y María Elena Bernal García (coordinadores). Juan Pablos Editor, UAEM, Ciudad de México.

González Quezada, Raúl Francisco



Distinción según James Langley de las configuraciones del signo Ojo de Reptil, del lado izquierdo se muestran ejemplos de RE (Reptil Eye, Ojo de Reptil) y del lado derecho RM (Reptil Mouth, Boca de Reptil) (Tomado de López Austin 2009:35).



Algunas de las combinaciones posibles de los elementos del Signo de Reptil integrarían: 1.- Con gancho superior, puntos y barras pareadas; 2.- Sin gancho superior, con puntos, y barras pareadas; 3.- Sin gancho superior, con puntos y sin barras pareadas; 3.- Con gancho superior, sin puntos y con barras pareadas; 4.- Sin gancho superior, ni puntos y con barras pareadas; 5.- Con doble gancho superior, puntos y barras pareadas a manera de espejo; 6.- Con gancho superior, puntos y sin barras pareadas; 7.- Sin gancho, con puntos y sin barras pareadas; 8.- Sin gancho, sin puntos, ni barras pareadas; 9.- Circunscrito en una flor tetrapétala y 10.- Asociado al signo de malinalli o torzal de dos ramales (Reordenado desde la propuesta de López Austin 2009:36-37).

2013 Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica El Tlatoani, Tlayacapan, Morelos. Segunda Fase. Tomo IV. Informe de excavación, Sección C. Informe Inédito en el Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, Ciudad de México.

2013a El Glifo Emblema del Dios de la Tormenta Tlaloc en Tlayacapan, Morelos. Tlaloc ¿qué? Boletín del Seminario El Emblema de Tlaloc en Mesoamérica. No 9:46-62.

2013b El Glifo de Tlaloc B en Tlayacapan, Morelos. Una mirada del Horizonte Clásico al Epiclásico desde la periferia. El Tlacuache. Suplemento Cultural del Periódico La Jornada Morelos. No. 563:1-4.

Helmke, Christophe y Jesper Nielsen

2013 La escritura jeroglífica de Cacaxtla. En La pintura mural prehispánica en México. Vol. V, Tomo II. María Teresa Uriarte Castañeda y Fernanda Salazar Gil (Coordinadoras), Pp. 383-425, UNAM, IIE, México.

Langley, James C.

2008 Incensarios rituales. Artes de México. No. 88:30-41.

López Austin, Alfredo

2009 Ligas entre el mito y el ícono en el pensamiento cosmológico mesoamericano. Anales de Antropología. No.43:9-50.

Urcid, Javier y Elba Domínguez

2013 La Casa de la Tierra, la Casa del Cielo: los murales en el Edificio A de Cacaxtla. En La pintura mural prehispánica en México. Vol. V, Tomo I. María Teresa Uriarte Castañeda y Fernanda Salazar Gil (Coordinadoras), Pp. 609-675, UNAM, IIE, México.

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza
Giselle Canto Aguilar

Israel Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González Quezada
Laura Elena Hinojosa Hinojosa

Coordinación editorial de este número: Raúl Francisco González Quezada



el tlacuache

INAH 

Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos